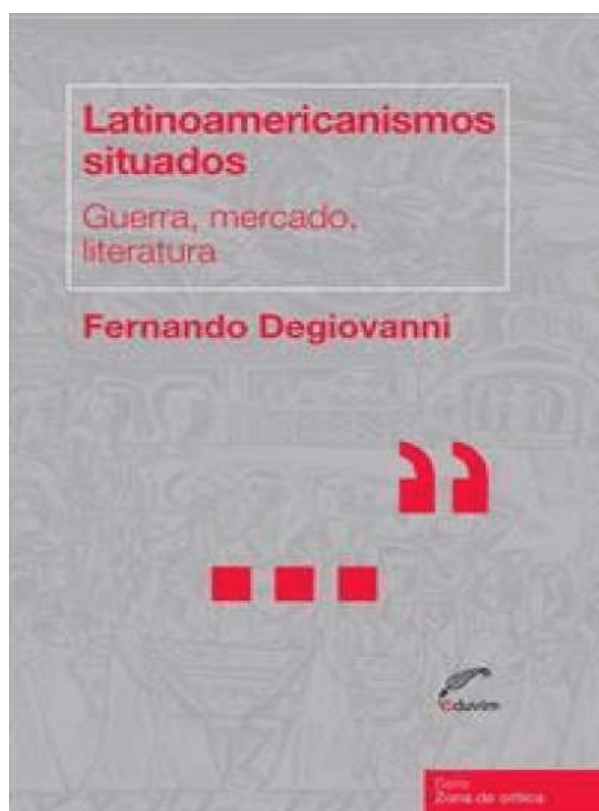


Fernando Degiovanni. *Latinoamericanismos situados. Guerra, mercado, literatura*. Villa María: Eduvim, 2024. 432 págs.

Nancy Calomarde

Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)



No existe latinoamericanismo sin distancia y sin distanciamiento

“Este es un libro sobre profesores, pero también sobre militantes y organizadores culturales que durante seis décadas trataron de dar forma a ese objeto de estudio llamado literatura latinoamericana”. Es la forma con la que Fernando Degiovanni elige dar inicio a su libro *Latinoamericanismos situados. Guerra, mercado, literatura*, un texto esperado, cuya versión en español hoy ve la luz. La frase condensa no solamente el problema central que aborda este trabajo acerca de cómo se construye un “objeto” en las coordenadas espacio temporales del inestable mapa de las Américas más allá de la primera mitad del siglo pasado, sino que anuncia algo así como una interpelación a los estatutos de constitución de una disciplina. ¿No nos había enseñado Ángel Rama que la crítica era la principal responsable en la construcción de la literatura? Si, como podremos leer, es este un estudio sobre

modernidades y literatura latinoamericana, ambas nociones van a estar sometidas a su cincel crítico. Por una parte, va a asediar los modos de construcción de lo literario en el marco de la constitución del saber moderno escenificando los límites de su autonomía. Por otra, va a indagar en cómo se construye ese abigarrado discurso que llamamos latinoamericanismo.

Una de las primeras preguntas que articula el texto pone en estado de sospecha precisamente aquel valor tan caro a la modernidad, la autonomía, en los términos de en qué medida la guerra y el mercado podrían funcionar como dispositivos que colaboran en la construcción de un campo de saber específico como el literario. Ensayar las razones y las formas de tal excentricidad parece ser su primera apuesta metodológica, en virtud de que el abordaje así dispuesto requiere de la amplificación del sensorio crítico para complejizar los ejes del análisis literario o cultural y trasvasar la observación de las operaciones que ejecutan académicos, críticos o escritores hacia actores que están por fuera del campo.

Me detengo en el diálogo entre modernidades y literatura latinoamericana que el estudio propone. El uso deliberado del plural del primer caso me permite exhibir la desestabilización de las nociones de

modernidad, modernismo y modernización a la que nos enfrenta la lectura. Así por ejemplo, cuando Fernando reescribe el modernismo nos coloca nuevamente frente a los archivos latinoamericanos que van desde Rodó y Rubén Darío a Martí, o de Blanco Fombona a Ugarte. ¿Se trata, sin embargo, del mismo archivo? Las lógicas, sus formas de ordenamiento se alteran, su serialización muta hacia nuevas formas y sentidos en el contacto con discursos que habían permanecido ocultos para el radar crítico. *Nuestra América* o la *Oda a Roosevelt* pueden cantar otra canción.

¿Y cómo ha operado la crítica en ese procesamiento? Si los estudios valiosos y diversos sobre el modernismo con los que contamos incluyeron problemas fundamentales que están de regreso ahora, la consideración estética de las políticas panamericanistas, las formas modernas del imperialismo, los circuitos transnacionales y el nuevo “mercado continental”; si aprendimos, también con Rama, a procesar estos discursos en el marco de las irrupciones de la Modernidad en América Latina, en tanto que proceso histórico, político, tecnológico, pero también en los términos de transformación de paradigmas de constitución de un campo de conocimiento y, todavía; si junto a Julio Ramos pudimos pensar estos procesos en su desigualdad operativa, cabe la siguiente pregunta: ¿frente a qué tipo de giro crítico y epistemológico nos enfrenta entonces *Latinoamericanismos situados*? Diría que su apuesta viene a producir un quiebre diferente, tan revolucionario como el de sus antecesores y tan erudito y riguroso como el de estos maestros de la crítica. El libro nos enfrenta a un modernismo que, en sus conflictos y disidencias, se entrama en una corriente continental para convertirse en dispositivo clave de los intereses económicos y políticos de la región. Y como complemento, lee las modernidades no solamente en el diseño de las políticas latinoamericanas de la posguerra sino en la construcción y delimitación de campos de saber como el literario. En particular, el libro nos muestra cómo la literatura se convierte, no en el refugio rodoniano frente al pragmatismo y el utilitarismo de la vida moderna, sino en su aliado bifronte, en tanto instrumento de expansión de esa modernidad económica y geopolítica en dos series muy disímiles- América Latina y la América del Norte- con múltiples puntos de contacto. Asimismo, el estudio se sostiene en la pregunta controversial respecto de cómo esos discursos exógenos a la literatura - como los archivos del mercado o la diplomacia- se convierten en mediadores de nuevas formas de legitimación política, económica pero también epistemológica.

Si avanzamos en el modo en que el autor invita a sus lectores a leer esos archivos a contraluz, podemos observar otro giro crítico. Al colocar a la literatura latinoamericana en el centro de la construcción política y como mediador de las relaciones económicas, nos exige revisar las formas de religación con las que aprendimos, junto a Susana Zanetti, a leer el Modernismo y el lugar de la literatura. Esos archivos heterogéneos ahora no solo se amplifican. Sobre todo, nos proponen un nuevo eje de lectura. La escritura se vuelve no solo es vehículo de la diplomacia que trama formas de la hermandad continental en sus formulaciones de paz y de guerra, sino también un organizador y polemista de las geo-políticas continentales de mercado. Como se desprende, el riguroso trabajo de archivo que supone esta obra conlleva también una nueva propuesta de serialización y de lectura de los vínculos entre literatura, política y mercado. Cuidadosamente seleccionados estos papeles regresan a la escena crítica para ser leídos como piezas del complejo engranaje heterónimo que construye el saber literario.

En suma, si este es un libro sobre los archivos del latinoamericanismo, uno de los aportes principales a los que apuesta es a sumar a la conversación la presencia de dos actores que la crítica no venía considerando, al menos no con la suficiente entidad teórica, como son el mercado y la guerra. La

investigación nos conducirá paso a paso a entender cómo ambos operan en el diseño de relaciones geopolíticas que afectan la construcción de la noción de literatura latinoamericana, y todavía, cómo su interpenetración se vuelve imprescindible. Esto es, cómo la guerra se convierte en un dispositivo fundamental a la hora de construir políticas para un mercado continental donde la literatura, alejada de la nostalgia por “la pérdida del reino” que enunció Dario, ocupará un lugar destacado.

Situado en el “después del después” como decía Román de la Campa, en el después de los estudios culturales, los neoliberalismos y los discursos que habían firmado la carta de defunción literaria, este “Latinoamericanismo” regresa a la pregunta por los estatutos de fundación de un campo de saber. En este sentido, Degiovanni avanza en delimitar un horizonte específico de problemas: ¿de qué modos el saber disciplinario latinoamericanista, mediado por el horizonte de la guerra, se propuso pensar la región como mercado hemisférico? Como adelanté, el libro explora en profundidad, un prodigioso archivo que muestra cómo la construcción de este objeto fue el producto de múltiples agenciamientos y actores que intervinieron en su definición. y que ese saber se proyectó más allá de su inmanencia y de su narrativa identitaria, como una plataforma para debatir las posibilidades del continente en tanto espacio económico

De modo paralelo, el estudio -al enmarcarse en grandes guerras, la Guerra Hispano-Estadounidense, la Primera y Segunda Guerra Mundial, y la Guerra Fría- diseña una periodicidad que exhibe el modo en que ella cobra un protagonismo no considerado hasta acá respecto de su potencial para redefinir vínculos y concepciones, al tiempo que recrea su carácter fantasmal. Los infrecuentes abordajes que existen hasta la fecha en la crítica literaria y cultural latinoamericana sobre los vínculos entre literatura y guerra nos colocan de cara a varios problemas que el texto viene discutir respecto de las formas canónicas del latinoamericanismo como fraternidad y unidad continental, un modelo que continúa operando en nuestros modos de leer. Si revisamos el peso específico que las contiendas armadas han tenido en el diseño de las naciones, las modernidades y los por-venires del continente, no podemos menos que advertir lo auspicioso de estas relecturas.

Me interesa detenerme en la redefinición del latinoamericanismo con la cual Fernando Degiovanni trabaja: como un conjunto de intervenciones intelectuales e institucionales que proponen situarse más allá del nacionalismo de Estado y del internacionalismo “mundializante” como forma de pensar los lazos regionales. Esa noción le permitirá fundar sus opciones metodológicas y teóricas, para desplazarse de formulaciones estetizantes o inmanentistas en torno la unidad latinoamericana y poder indagar en modelos teóricos disímiles que habrían operado en su formulación: la teoría de los “caracteres nacionales” o la “socioliteratura”, por ejemplo. Por otra parte, ese giro en la conceptualización le permitirá interrogar las formas novedosas de transmisión cultural que facilita el mercado- y que van más allá del intercambio epistolar y la circulación de libros, para involucrar el cuerpo y la voz. Al explorar otros circuitos como los ciclos de conferencias, los cursos de extensión universitaria, los viajes diplomáticos y las campañas militantes, los actos populares y el cable submarino, el latinoamericanismo asume otros ribetes y exige otras categorías de análisis tales como “entendimiento transnacional” o un rol del intelectual como traductor y mediador cultural.

A lo largo de sus siete capítulos articulados a partir de este latinoamericanismo a caballo de la literatura, las guerras y el mercado, el recorrido de ciertos actores clave constituye la columna vertebral de la obra. Me refiero a las intervenciones de los angloamericanos Jeremiah Ford y Alfred Coester, responsables de establecer, en el marco del incipiente panamericanismo, un campo

académico inexistente para el 900; de los españoles Federico de Onís y Américo Castro, responsables, en cambio, de negociar el lugar del hispanismo en el contexto de la expansión del latinoamericanismo dentro y fuera de Estados Unidos. O, también, las trayectorias de los latinoamericanos Luis Alberto Sánchez, Pedro Henríquez Ureña y Enrique Anderson Imbert, quienes a partir del discurso de la Reforma Universitaria encabezaron el debate desde América Latina y “definieron su lugar frente a las agendas panamericanistas e hispanistas desde el surgimiento del fascismo hasta la Guerra Fría.”

Este universo complejo y laberíntico al que nos aproximan estos debates se ofrece sin embargo en una arquitectura perfecta donde el valor de la claridad se produce no solamente por la fluidez de la prosa sino por la exhibición pulida del aparato explicativo que lo sostiene. Podemos advertir que las operaciones argumentativas repiten, si se permite la metáfora clínica, un movimiento sistó-diastólico, porque montan una escritura cuya diseminación expande y complejiza el campo de análisis sin escapar de su obertura de reenvío a la hipótesis de base. A tal punto configura una maquinaria poderosa en la que todos los elementos guardan entre sí una sofisticada correspondencia, que, en el lugar íntimo de los agradecimientos, el autor ensaya algo así como una preliminar definición del objeto de estudio que luego retomará en diferentes modulaciones, al afirmar que “no existe Latinoamérica sin distancia y sin distanciamiento”. Sin dudas, la frase, que dista de ser una fórmula conceptual, concita una constelación afectiva y el movimiento y contacto de los cuerpos, imprescindible para una ampliación del sensorio crítico capaz de procesar la experiencia de lo latinoamericano en el pliegue de las argumentaciones teóricas y las fuentes que hablan otra lengua, en ese yo-tú y yo-otro ínsito en el distanciamiento. La noción de distancia por su parte, evoca la posibilidad de pensar en el juego del espectáculo, el montaje y la transacción de discursos y mercancías.

A partir de esta redefinición del latinoamericanismo, alejado de los relatos identitarios autoctonistas o cosmopolita, el estudio indaga en su forma de constitución fuertemente arraigada a la racionalidad económica. Nos muestra cómo el mercado se convierte poco a poco en un instrumento para pensar una salida a la integración latinoamericana en dos direcciones fundamentales: como realización de un proyecto hemisférico de fundación estadounidense o, alternativamente, como instancia de socialización democrática participativa. Esto es, por una parte la política de la diplomacia del dólar operando como fábrica de sentido continentalista y, por otra, el espectro de la reforma universitaria gravitando como otra forma de procesamiento latinoamericanista.

En cuanto a los procesos de institucionalidad del campo, Degiovanni muestra el lugar relevante que ocupó el magisterio de Ford, quien desde inicios de la década había instado, desde su cátedra de Harvard, a sus estudiantes de doctorado a abrazar el estudio de la literatura latinoamericana. Su labor hace posible la escritura de la primera historia de la literatura latinoamericana producida en lengua alguna- *Historia literaria de la América española* de Alfred Coester, y la creación de la primera cátedra dedicada específicamente a la literatura latinoamericana. Que los primeros mojones de la constitución de un campo de saber se hubieran llevado cabo fuera América Latina qué consecuencias traería aparejada esa “distancia” en el presente y el futuro de la disciplina. Por otra parte, si en Estados Unidos la constitución del saber literario latinoamericanista resultaría indisociable de una política de intervención financiera y comercial en la región en tiempos de guerra, en América Latina los primeros proyectos de enseñanza e investigación latinoamericanista apuntan a otro origen: la irrupción de la Reforma. Más allá de esa disidencia en los procesos, el estudio indaga en un horizonte geopolítico compartido: el expansionismo de Estados Unidos en la región.

A continuación, me detendré en dos series que, de algún modo, recorren este estudio y se complementan entre sí: una, la experiencia y escritura de Pedro Henríquez Ureña, y otro, la irradiación continental de la Reforma del 1918 en su carácter de faro y ordenador de un debate que se proyectará por décadas. En el primer caso, la ruta del intelectual dominicano que traza el libro muestra, primero, cómo articula una noción de literatura latinoamericana desde la cátedra Norton y los cursos de verano en EEUU; más tarde, interviniendo en el sur en el debate en torno a la constitución del campo literario latinoamericano y en especial, del saber crítico o episteme crítica, a través de dos herramientas fundamentales: la estilística de Amado Alonso y de los circuitos intelectuales que había abierto la Reforma. Este recorrido clave echa luz acerca de los complejos procesos vinculados a la discusión sobre las posibilidades de una cultura continental que abre el movimiento reformista y acerca de la constitución de un campo de conocimiento específico. Esta revisión se hace posible a través de indagar en una trayectoria singular vinculada a instituciones clave como el Centro de Estudios Superiores Buenos Aires, el Instituto de Filología y la revista sur. En este sentido, la figura de Henríquez Ureña opera como mediadora entre dos universos geoculturales y entre dos epistemes: modernidad y saber literario latinoamericano.

Asimismo, como otro eje transversalizador, la eforma universitaria encuentra en este debate un espacio fundamental como lo muestran las complejas redes discursivas y afectivas que se exploran acá, redes no exentas de agudos conflictos y tensiones. Este lugar de centro de una constelación literaria latinoamericana resulta tan decisivo porque algunos de sus dirigentes están convencidos de que la unidad de los países latinoamericanos constituía un elemento clave para impedir la consolidación de la hegemonía norteamericana. A tal punto que ciertos reformistas postularán que la enseñanza de la literatura de América Latina representa un arma para afirmar los ideales de integración regional que anhelaban. En el contexto de los regímenes de derecha, a inicios de los años 30, es decir, décadas después de la publicación de *Ariel* y de las campañas latinoamericanistas de Ugarte y Blanco-Fombona, como lo exhibe este libro, todavía persistirían en la región los cuestionamientos al valor y la pertinencia de estudiar la literatura de América Latina. Algo muy diferente a lo que sucedía en el campo de las literaturas nacionales, donde dominaba como visión y como política institucional. En este profuso debate acerca de la delimitación del campo y sus límites, Fernando Degiovanni explica cómo Henríquez Ureña propuso a un estudiante de Letras de la Universidad de La Plata “escribir en colaboración una breve historia de la literatura en la América española”, para canalizar un discurso de unidad continental que carecía hasta entonces de un libro de referencia en español. Una vez más, la lectura detectivesca del autor, como ha señalado Roxana Patiño, permite exhibir esos entretelones no narrados de la historia literaria continental y la puja por su constitución. Qué sucede luego con esa obra y quiénes serán sus lectores, e inclusive su cloroscuro deriva mexicana, es un señuelo fascinante que dejo como provocación a la lectura futura.

En suma, el libro muestra cómo a lo largo de los años 30, la Reforma Universitaria sigue operando como marco ideológico y material de los nuevos intentos disciplinarios del latinoamericanismo en América Latina, bajo el accionar de otros protagonistas como son la fundación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana por parte del líder reformista peruano Víctor Haya de la Torre (1895-1979) y el crítico peruano Luis Alberto Sánchez quien publicará la primera historia literaria latinoamericana en castellano.

Si en Estados Unidos la enseñanza de la literatura latinoamericana había estado ligada a la defensa de los gobiernos autoritarios de la región que facilitaban la expansión del capital norteamericano,

Sánchez se propone como prolongación del ideal democratizador universitario de la Reforma que las dictaduras habían clausurado. Esa es la razón con la cual Degiovanni explica por qué el latinoamericanismo de Sánchez es adverso al de Rodó al que su contrincante designa como “la férula rodoísta”. Ahí también se halla el foco de la disidencia con Henríquez Ureña, en lo que el ensayista designa como “una crítica de toda forma de opacidad lingüística” y por ende del formalismo. La disidencia afecta no solamente el plano de la enunciación programática sino el ordenamiento del corpus que se proponga antologar, ese esquivo objeto del deseo que era la literatura latinoamericana, a través de dos modelos opuestos: expresión perfecta vs. ideólogos americanos. La exhibición de esa problematicidad y de todos los matices del debate configura un valor sustantivo de este volumen.

Como estas series se abren múltiples vías para explorar el conocimiento literario y la modernidad; para revisar nuestras prácticas de investigación, los saberes situados con los que procuramos leer y enseñar la literatura latinoamericana. En suma, estoy convencida de que este libro es una referencia insoslayable para los estudios del área y para los programas de enseñanza de la literatura latinoamericana. Más allá de esa indiscutible pregnancia, quisiera cerrar con una referencia a mi experiencia de lectura. El intento de explicitación con el que intenté abordar este libro no suspende la experiencia de lectura irrefrenable que tuve ante un texto que no da respiro. Me sentí todo el tiempo como arrastrada por la corriente de un río profundo sin poder abandonarlo hasta la última frase. Y quizá sea esta deriva menor, neurótica, que solo unos pocos textos provocan, donde la inteligencia se vuelve un cuerpo, una de sus ganancias.